

acción de Rodríguez Casado desde el Instituto de Cultura Hispánica. Y eso que los dos hermanos de Sánchez Bella eran miembros relevantes del Opus Dei y el propio director de Cultura Hispánica tenía fama de haber sido cercano a la obra aunque rechazado. La segunda es que Cruz Martínez Esteruelas fue el ministro que cesó a Rodríguez Casado del complejo rabideño. Esteruelas, antes de ser ministro de Educación, en el Gobierno que formó Arias Navarro tras el asesinato de Carrero, había sido ministro de Planificación del Desarrollo en el Gobierno del Almirante. Era, pues, hombre cercano a éste, como lo era al Opus Dei. Los que lo conocieron lo saben. Debió cruzarse en aquella ocasión alguna cuestión de otro tipo. Los autores, por cierto, dicen escuetamente, sin indagar mucho más, que debió haber razones políticas en el cese. Acabáramos.

Manuel ANAUT

Zygmunt Bauman y Carlo Bordoni, *State of crisis*, Cambridge y Malden, Polity Press, 2014, 174 pp.

Zygmunt Bauman es considerado uno de los más inteligentes observadores de la realidad con prescindencia de los anteojos de la ideología con que mira –tiene un pasado marxista, me parece, que se disimula y aligera con su liberalismo londinense de las décadas postreras– porque a su función profesional –era sociólogo– basta el saber observar y transmitir las observaciones más allá de las interpretaciones que de ellas hace.

Creo, por otra parte, que el autor no merece presentación, pues de sobra nos es conocido. Bastará al bisoño lector detenerse ante el escaparate de cualquiera librería y ver la cantidad de libros que se han publicado con su nombre –la inmensa mayoría traducidos al español–, entre ellos los famosos sobre *la modernidad líquida* en sus diversas manifestaciones: arte, ética, política, trabajo, cultura, amor, etc. En todo caso, es suficiente con decir que era polaco nacido en 1925 y que murió inglés en 2017. España le ofrendó el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2010. El coautor es Carlo Bordoni, escritor, sociólogo, de origen italiano.

Libro, como se dice en la presentación, escrito a cuatro manos, libro de ensayos sobre este tiempo cambiante o en cambio y que se

apresan bajo la noción de crisis, no pasajera ni contingente, sino profunda y extendida, no temporaria, que afecta a todo el sistema socio-económico de Occidente. Primera dificultad. No se trata de un diálogo ni de una entrevista. Se trata de dos escritores que escriben cada uno lo suyo sobre el mismo tema. Dificultad que se simplifica cuando los autores comparten horizontes conceptuales, como en este caso, y que puede tornarse ventaja cuando los puntos de vista enriquezcan la materia observada.

Libro que no quiere quedarse en un recuento de los factores críticos de estas sociedades líquidas, sino que busca, en la comprensión del presente, la preparación para el futuro. Segunda dificultad. Ambición desmedida, sin dudas. Propósito de prognosis social que corre el riesgo de convertirse en un mero ejercicio mental antes que un mapeo de los tiempos futuros. Porque una cosa es observar y otra pronosticar. Veamos si es así, como ya presumo.

Crisis del Estado, en primer término, que tiene una historia (Bauman la repasa) y sus rasgos son acusados en el presente (que Bordoni subraya), crisis que se manifiesta como estatismo sin Estado a resultas, entre otros factores, del distanciamiento de lo global y lo local que pareja la de la política y el poder, que llevó al entronizamiento de la llamada «gobernanza» y, en su fracaso, a la antipolítica, al rechazo de una forma poco asible y a las reacciones nacionalistas, por ejemplo. Crisis que pone en jaque al matrimonio de Estado y nación y que, a propuesta de Bauman, manda un repaso de las ideas de Thomas Hobbes y enfrentarla con las tácticas de la política de no hacer nada.

Crisis de la modernidad, a continuación, que sirve para repasar y divulgar las ya sabidas lecciones de Bauman sobre la modernidad líquida y la salida de la modernidad hacia ¿la posmodernidad? Dudas que el intelectual apenas puede despejar en tiempos críticos y que oscurecen un futuro que de por sí no es sujeto de conocimiento cierto. Por eso las reflexiones al final de este capítulo, en torno al fin de la historia de Hegel y Fukuyama, es entendida como el agotamiento de los grandes relatos, al estilo de Lyotard o Vattimo, muy a tono con el deconstructivismo de Deleuze. Esto es, un juego intelectual para intelectuales *aficionados al gran relato de que ya no hay grandes relatos*.

En fin, como era de esperar, cerramos con la crisis de la demo-

cracia, que se percibe en el plano institucional pero que posee hondas raíces en la crisis ética, pero ¿de qué ética se está hablando?, ¿de la ética clasista burguesa aducida por Marx y recordada aquí por Bordoni?, ¿de la ética ilustrada del progreso del hombre y la historia como repite Bauman? Otra cuestión, ¿la crisis de la democracia es provocada por un exceso de democracia? O más bien, ¿no se tratará de un fracaso en el cumplimiento de sus promesas? Además, en vista de los grandes cambios en Occidente, ¿estaremos penetrando el umbral de una era posdemocrática?, ¿qué sucederá con la democracia en el orden global?

Bueno, de esto es de lo que trata el libro: un par de sociólogos se sientan a conversar epistolarmente acerca de nuestro tiempo en crisis, sacando a relucir los prismáticos con los que observan la realidad. Uno de ellos, Bordoni, no ha podido sacudir el polvo marxista que empaña los vidrios con los que otea; no sólo eso, los ha cubierto con otra espesa capa de mugre —de la Escuela de Frankfurt a Foucault— que ya no le permite ver absolutamente nada y lo obliga a repetir una cantinela de su vieja escuela. El otro, Bauman, quiere mirar sin catalejos ni microscopios, y a veces lo consigue porque tiene mejor vista que su contertulio por correspondencia; pero tiende a repetirse, a copiarse y a reemplazar el objeto con los rótulos que inventó el sujeto.

Puede, lo último, ser visto como una falla, convengo. Pero también como una inadvertida advertencia a los científicos: no podemos ver más que con nuestros propios ojos, que ven según su capacidad, es decir, según la metafísica aprendida o desaprendida o malaprendida o nunca aprendida. De ahí una segunda lección: la prognosis de que se quiso hacer gala no es más que una prolongación de la mala metafísica de los sociólogos (su ideología coloreada de marxismo más o menos fuerte para esta época de debilidades y debiluchos) incapaces de salirse de su agujero profesional.

En fin, acabé el libro con un sabor de boca que me decía que esto era conocido, que sabía a viejas escuelas resucitadas en nuevas plazas y camufladas con nombres rimbombantes. Nada nuevo bajo el sol, que sale todos los días para buenos y malos.

Juan Fernando SEGOVIA